

www.eluniversal.com.co

» “CUANDO los ‘paracos’ mandaban no había Estado. Todos: autoridades y ciudadanos callaron y se creció el monstruo que dejó más de 150 muertes en Arjona”.

DESPOJOS DE LA MUERTE, ¿POR QUÉ A NOSOTROS? III

Cuando la muerte se posó sobre Arjona

“Bernarda gritaba improprios y súplicas a la vez a los paramilitares, quienes se quedaron por dos minutos asegurándose de la muerte de Antonio”.

ANÍBAL THERÁN TOM
EL UNIVERSAL
ARJONA

Cuando la sombra de la muerte se posó sobre Arjona, uno de los municipios más prósperos del Norte de Bolívar, hasta los locos dejaron las calles, de día y de noche.

La soledad se adueñó del pueblo porque el terror no dejaba hablar ni al más animoso. Aunque Arjona es un pueblo grande, nunca ha dejado de ser un villorrio donde aún se alarman con los casos de infidelidad de alguna mujer o el destape de un nuevo homosexual. Pero desde que los paramilitares, al mando de Sergio Córdoba Ávila, alias “El Gordo”, o “Cara Cortada”, comenzaron a hacer “justicia” con sus manos, imperó la ley del silencio.

Aunque nadie recuerda con exactitud en qué fecha se asentaron los paramilitares en el pueblo, muchos arjoneros coinciden en que desde 1997 comenzaron los crímenes aislados, pero en el año 2000 se recrudecieron.

“No había Estado”, dice un ex ganadero que pidió reserva de su nombre, según él, para evitarse problemas. “Todos, autoridades y ciudadanos callaron. Entonces se creció el monstruo que dejó más de 150 muertes de nuestro pueblo, a muchas personas sin tierra, y muchos desplazados”.

Aunque la vigilancia de las fuerzas armadas es cierta, la gente cree que algunos desmilitarizados siguen delinquiendo aisladamente. Por esa razón, el miedo sigue siendo una constante en los arjoneros.

Las víctimas de los paramilitares en Arjona, agrupadas en el grupo “Madres por la vida”, piden a gritos a Uber Enrique Banquez, alias “Juancho Dique” —lo mismo que a otros líderes de las Auc, hoy encarcelados y acogidos a la Ley de Justicia y Paz— que les digan la verdad de por qué tanta muerte. “Lo que no queremos es que busquen excusas diciendo que el asesinado era cuatrero o ladrón, porque así nos victimizan aún más”.

¡No lo maten!

Bernarda Fernández Barros aún escucha el eco de sus propios gritos en la sala de su casa del barrio El Tanque, en Arjona. Sobretudo en las noches. Entonces debe rezar hasta 10 rosarios, y espera que la venza el sueño o que el canto de un gallo, anunciando el amanecer, la saque de sus rezos al Todopoderoso y la devuelva al mundo de los vivos.

“No lo maten, que él es bueno, no ha hecho nada!” Así les gritó Bernarda la noche del 16 de febrero de 2002 a los paramilitares, quienes faltando 15 minutos para las 7 de la noche, terminaron manchando la sala de su casa con la sangre de Rodrigo Antonio Torres Castro, su marido.

Esa tarde, Antonio se negó a salir de su casa y prefirió atender a varios amigos que llegaron a celebrar un onomástico con cervezas y tragos de ron en su negocio, mitad tienda y mitad cantina. Recordó su niñez y soltó carcajadas con los chistes y anécdotas que contaban, y hasta preparó yuca sancochada con suero para que sus amigos comieran algo para



■ Ni siquiera en el parque de Arjona se sentaban a conversar a altas horas de la noche cuando los paramilitares mandaban.

contrarrestar los tragos. Alcanzó a brindarles comida a su esposa y a sus hijos y, además, bromeó sobre las propiedades de la yuca.

A las seis y media de la tarde, uno de los amigos pidió la cuenta. Antonio se levantó y se dirigió al mostrador de su pequeña tienda. Sus clientes se esfumaron y dejó de escuchar los gritos de unos niños que jugaban frente a su casa, en la mitad de la calle. Antonio supo que algo malo ocurría. Se apoyó sobre el mostrador y asomó su cabeza. Vio a dos hombres raros, vestidos con jeans ajustados, botas y suéteres de colores fuertes, armados. Uno de los tipos, cuyo cutis estaba lleno de pequeños orificios, se lo quedó viendo. Lo reparó de pies a cabeza y sacó el arma de la pretina de su pantalón, después de que su compañero le indicara con un movimiento de cabeza. Estaba a menos de tres metros cuando le disparó, pero la bala se le incrustó en el brazo derecho. El asesino no dijo nada. Antonio, horrorizado y llorando, les gritó: “Ya sé que me van a matar, ¿pero díganme por qué?”

Los sicarios no contestaron. Antonio, asustado, entró a la

casa con ganas de huir, pero a los pocos segundos se regresó. Los gritos de Bernarda y de

sus hijos llenaron la casa tras la primera detonación. ¡Déjenlo! No lo maten, que me deja sola.



■ “Los paramilitares acabaron con nuestras vidas”. Bernarda Fernández Barros.



■ Madres por la vida ha organizado marchas en el municipio con las fotos de las víctimas.

hijos la agobiaban cuando preguntaban: ¿por qué mataron a papá? Se sentía sin fuerzas, sola, miserable.

Como pudo siguió con el negocio de la tienda, pero debió cerrar una droguería que hacía poco tiempo había montado su marido. No comía, no dormía, pero seguía viviendo.

Por esos días hubo comentarios de algunas personas conocidas, quienes decían que Antonio sabía que lo matarían, pues los paramilitares le habían pedido que se fuera. Pero él decía que no dejaría su pueblo porque no había hecho nada. Bernarda cree que le inventaron un chisme por envidia, quizá porque había montado otro negocio y le estaba yendo bien. Sus hijos aún no entienden qué pasó, y uno de ellos le pregunta a Dios, ¿por qué?

“A Bernarda Fernández Barros le tocó soportar el boleteo de supuestos paramilitares, hasta hace dos años. La cuota por dejarla vivir era de \$100.000 mensuales”

¿Por qué lo van a matar? ¿Qué ha hecho? La sangre chorreaba del brazo derecho de Antonio, donde había recibido el balazo, pero no parecía importarle. Uno de los paramilitares, el del acné mal cuidado, agarró a Bernarda por un brazo, la sacudió y le apuntó con el arma: “¡Apártate!, porque llevas también”.

El otro sicario, de piel morena, ni grueso ni flaco, de estatura mediana y de pelo achinado, le disparó cinco veces en el pecho desde la ventana de la casa, sin pestañear ni decir nada. Antonio cayó en la sala, aún consciente, con los ojos abiertos y llorando, pero sin decir nada, porque la vida se le estaba yendo. Bernarda gritaba improprios y súplicas a la vez a los paramilitares, quienes se quedaron dos minutos asegurándose de la muerte de Antonio. A un hijo de la pareja que llamaba a la Policía por teléfono le dieron un tiro en la pierna.

Los paramilitares se marcharon a pie, como vinieron. En la esquina de la calle, los esperaba una camioneta doble cabina blanca que arrancó de una vez, dejando sus huellas en el barro.

Los vecinos entraron corriendo y lo llevaron al Hospital en un carro. Antonio, el tendero y curioso del barrio, el mismo que colaboraba con todo el mundo, llegó muerto a la sala de urgencias. Mientras, la viuda daba alaridos y hablaba incoherencias en la sala de su casa. Quizás aún no entendía que su destino era seguir sola el resto de su vida.

A la media hora, en medio de la consternación y los comentarios de los vecinos, llegó la Policía a la casa a tomar los datos de los asesinos para seguirles la pista.

Soledad

Los días posteriores al sepelio fueron de amargura, cuenta Bernarda Fernández, porque Antonio era el de las decisiones en la casa, el de todo. Sus

En medio de la soledad y de los problemas para levantar a sus hijos, Bernarda dice que le tocó soportar el boleteo de supuestos paramilitares, hasta hace dos años. Un mes después del crimen de Antonio, los paramilitares llegaron a su casa a exigirle una cuota mensual, dízque para proteger a toda la familia. Por temor, “colaboré” así hasta hace poco más de dos años con esa supuesta organización.

Cuando la calma, después tantas oraciones, comenzó a llegar al corazón de Bernarda, hace un año, comenzó a recibir llamadas amenazantes de unos supuestos paramilitares. Pero, cesaron, gracias a Dios, como ella dice.

Esa mujer no encuentra la calma. No acepta lo que ocurrió, sobretudo porque ni el mismo comandante “Juancho Dique” explica el crimen de su marido.

“Juancho Dique” no lo investigó, según, porque se lo ordenaron los superiores”. Ahora las lágrimas y los sollozos terminan el relato de Bernarda y de sus tres hijos. Grita, patalea, se pone histérica. Levanta sus manos hacia el cielo y repite en voz alta: “¿qué hizo para que lo mataran así?, Dios, tú que todo lo puedes, ¿me das una razón?”